

vigor extremo, la República democrática. Y como vieron la República democrática se atemorizaron de aquella grande obra, y se decidieron á perderla. Pocos, muy pocos hombres en el mundo han tenido partidarios tan fervorosos como Enrique de Borbon, Rey de Navarra. Mientras soñó con alzarse de su mermado señorío al trono francés contra los intereses de la casa de Valois, se apoyó con resolucion completa en los protestantes; mas así que pudo por un cambio de fe y la extincion de sus rivales, asegurar la corona, vivo deseo de su alma, entregó el Protestantismo al olvido, como pesada carga para sus ambiciones, y cambió de religion y de fe con la misma ligereza que si cambiara de camisa. No, no adelantemos los términos de nuestro relato en esta interesante historia.

Enrique II, cautivo largo tiempo en Madrid, por no haber observado su padre Francisco I los pactos con Carlos V, llevaba en su rostro la sombra del cautiverio y en su alma el odio invencible á sus implacables carceleros. Así, aunque se decia católico y católico ferviente, se ligaba con los luteranos, y hasta con los turcos, contra nuestra España. El ejemplo de tal rey debia extender el calvinismo por la nacion. Parientes próximos del Condestable Montmorency propendian á la revolucion y abrazaban el calvinismo. Chatillon, sobrino carnal de Montmorency, se convirtió á la Reforma, y no contento con esta conversion propia, persuadió á Coligny, su hermano, que llevaba el título de Almirante, así como á otro hermano, que era cardenal del Sacro Colegio, á imitarle y seguirle. Los Borbones, representados por Enrique de Navarra; los Montmorencys, representados por el Condestable; los Colignys, representados por el Almirante; los Guisas, representados por sus duques y por sus cardenales, debian bien pronto armar una guerra civil con aspecto de religiosa que iba en su horror á extender el incendio y la matanza desde Paris á todos los territorios franceses. Para mayor confusion, aquel Enrique II, que se denominó un dia rey protector de los príncipes luteranos, tramaba una especie de conspiracion encaminada con tenacidad al exterminio de los hugonotes; y no sabemos á dónde hubiera llegado si la muerte no interrumpiera su obra y no le cortara la vida. Murió en un torneo, á manos del conde de Montgomery, capitán de sus guardias, quien le dió, sin quererlo, una mortal lanzada entre las espléndidas fiestas apercebidas á celebrar el

matrimonio de su hermosa hija Isabel con Felipe II. Doce años reinó aquel monarca, y mucho tiempo mas estuvo unido con Catalina de Médicis, á la cual detestaba, pero en la cual tuvo seis hijos, quienes, mas ó menos tiempo, fueron todos reyes: Francisco II rey de Francia, Carlos IX rey de Francia, Enrique III rey de Francia, el duque de Alenzon, rey de los Países Bajos, Isabel reina de España, Claudia duquesa soberana de Lorena, y Margarita reina de Navarra. Esta familia de los Valois, recibió de Carlos IX y Luis XII furiosa pasion por Italia, y se convirtió en familia florentina, merced al influjo sobre todos sus hijos ejercitado por la célebre madre de todos ellos, Catalina de Médicis, prenda pasada un dia de manos de Clemente VII á manos del primogénito de Francisco I, no solo para hacer constar el carácter régio de su antigua familia mercantil, sino para hacer constar tambien su irreconciliable y eterna enemiga con el emperador y con España. Catalina de Médicis no tuvo creencias sino supersticiones. Como el gran florentino Maquiavelo, creyó en las revelaciones astrológicas mucho mas que en las revelaciones evangélicas. La conjuncion de los astros y las rayas de las manos; el hollín de una chimenea alquímica y el horóscopo de un hechicero brujo, enseñaron mas á su mente que todas las verdades divinas de la conciencia y del cielo. A esto unia el menosprecio por las leyes morales, menosprecio reinante de suyo en aquellas corrompidas cortes italianas, que al perder la libertad, habian perdido toda virtud y toda inspiracion, despojadas en su servidumbre hasta de los deslumbradores y ricos esmaltes puestos en su corona por los buriles del arte. Catalina solo aspiraba en su falta de conciencia y de ideal á reinar. Aunque ha pasado á posteridad como una Euménide católica, sedienta de sangre, nutrida por carne humana, y alumbrada en guisa de furia por las reverberaciones de las hogueras inquisitoriales, á causa de la huella indeleble dejada en el recuerdo universal por la sangrienta noche de San Bartolomé, Catalina de Médicis no creia en ningun dogma, empleándolos todos, segun las propias conveniencias, para sostener la corona de sus hijos su natural autoridad y su propio imperio.

Jamás hubo en el mundo mujer tan humilde y tan paciente así en el gobierno como en la corte. Durante muchos años fué la mejor amiga y confidente de la manceba de su propio esposo, la hermosay propecta Diana. Cincuenta y

dos años tenia esta beldad esquisita cuando mas privaba en el ánimo de su cautivo Enrique II; y á tal edad no podian faltarle disgustos, y disgustos graves, con su real amante. Pues Catalina se interponia en sus discordias y las conjuraba con la mejor intencion del mundo, para que no trascendiesen á su hogar y no perturbasen su vida. Bien es verdad que Diana de Poitiers y Enrique II á porfía le representaban Italia con los esplendores del Renacimiento llevados á Francia por ellos en su arrebolado y triste ocaso á fin de ornar los palacios erigidos para su propio recreo. Y no solo se adscribió á Diana de Poitiers, su rival, se adscribió tambien á María Estuardo, su nuera, mujer de Francisco II, y hechura de los Guisas. Así, pocas mujeres históricas tan abrumadas por la responsabilidad inmensa de grandes sucesos trágicos y pocas tan faltas de voluntad y de pensamiento, de política y de propósito; como no fuese reinar bajo el nombre y advocacion de sus tres hijos reyes, Francisco II, Cárlos IX, y Enrique III. Lo mismo le daba entenderse con Felipe II que con Isabel I; perseguir que ayudar á los holandeses; proteger que contrastar á los alemanes; unir á su hija Isabel con la personalidad mas alta del catolicismo ultramontano que unir á su hija Margarita con la personalidad mas alta del protestantismo latino y occidental; suscitar á los Guisas contra los Colignys que á los Colignys contra los Guisas; cartearse con Alba para exterminar á todos los hugonotes ó expedir su hijo el duque de Alenzon, su Benjamin, á reinar bajo la tutela de Orange sobre las provincias calvinistas; detener ó impulsar la matanza de San Bartolomé, con tal de, sobre todas estas corrientes contrarias, erigir su autoridad y su imperio.

Diez y seis años tenia Francisco II al llegar á su trono. Enjandrado en aquel frio lecho de dos esposos desavenidos siempre, guardaba toda la debilidad propia de su triste generacion. A mayor abundamiento, casáronlo con una mujer imperiosa, María Estuardo, pariente de los Guisas, como hemos dicho, y que se imaginaba, por llevar sangre de los Tudores en sus venas, á un mismo tiempo reina de Francia, reina de Inglaterra, como era ya reina de Escocia. Naturalmente, por medio de tal princesa gobernaron los Guisas, los grandes caballeros católicos, sobre Francisco II; y por medio de Francisco II gobernaron sobre toda Francia. Ellos proscribieron con apariencias, mas ó menos diplomáticas, á Condé; rechazaron á Borbon; cogieron el alto puesto

de Montmorency; arrancaron el gobierno de la isla de Francia y de la Picardía á Coligny; levantando por este medio en su contra una liga de caballeros poderosísimos apoyada en la nueva idea religiosa contra la ortodoxia de sus rivales. Esta contradiccion de los Guisas con los Borbones produjo la conjuracion de Amboix, cuyo jefe murió violentamente, despues de haber matado tambien violentamente al jefe de las tropas católicas. A poco de conjurarse tal amenazadora liga, reuniéronse los representantes de los dos partidos en presencia del monarca; y expresaron las quejas dictadas por sus mutuos reconcentrados rencores. Al oír cómo el cardenal de Lorena, cabeza religiosa de los Guisas, maltrataba en aquellas asambleas al dulce Almirante Coligny; cabeza espiritual de los hugonotes, sentíase bien el odio irreconciliable y eterno entre los dos partidos.

Pero en esto llega un suceso, que debia influir en todo el movimiento de aquella extraña política. Francisco II muere como engendro deleznable de aquella familia de los Valois completamente podrida. Los Guisas recibieron mortal golpe con la muerte de Francisco II; y al ver la muerte del catolicismo con la muerte de su propio poder libradas á cosa tan frágil como la existencia fugaz de tales príncipes, murmuraron entre dientes la destitucion de los Valois por débiles en su moral y por leprosos en su físico. María Estuardo alcanzaba veinte años cuando Francisco solo alcanzaba diez y seis. Fuerte, robusta, fornida, carnosa, voluptuosísima, sanguínea, voraz, aquella mujer debia gastar pronto á su endeble y raquítico esposo. Así decia el duque de Alba, en su brutal franqueza de soldado, que habia muerto Francisco II de una María Estuardo. Devorado por fiebre continua, quiso ir á caza en día lluvioso y triste de noviembre. Penetrado por la humedad volvió con fuerte dolor de cabeza, pústulas en los oídos, apretón grandísimo de garganta; todo aquello era gangrena. Los Guisas desesperados hubieran querido arrancar á la horrible agonía del rey niño una orden de muerte contra sus mayores y mas encarnizados rivales. A este fin, para que Catalina de Médicis lo impulsase con sus obsesiones, creyeron obligarla con prometerle la regencia del reino. Catalina, en su doblez, no les dió una rotunda negativa, pero tampoco les afirmó cosa que oliera ni de léjos á un consentimiento. La florentina queria regentar, pero sin los Guisas. Así es que, muerto Francisco II, se disolvió

su matrimonio con María Estuardo; y disuelto el matrimonio por este golpe de la naturaleza, concluyó el poder absoluto de los Guisas.

Al verse los señores de Francia tan ahuyentados del poder, trataron de intrigar con los protestantes de Alemania y hasta hubieron de ofrecerles una estrecha alianza en materias de religion y de dogma. Pero vino á cortar todas estas intrigas su odio irreconciliable á los calvinistas con la horrible matanza de Vassy. Catalina se dejó llevar de los acontecimientos como un cuerpo muerto que cae sobre el curso de un rio, y para contrastar á los Guisas arma por primer acto de su gobierno á los protestantes sin fortalecerlos en sustancia, pero decidida por completo á dejarlos igualmente abandonados á sí mismos en el día de su derrota. Los Guisas contestaron á este acto de la reina con otra matanza en Sens, ciudad feudataria del cardenal de su familia, matanza tan terrible como la misma de Vassy. Catalina de Médicis no se atrevia en modo alguno á combatirlos de frente. Nieta de mercaderes, víctima de grandes menosprecios en la corte, odiada por su esposo Enrique II, sierva de su rival y competidora Diana de Poitiers, juguete vil de María Estuardo, adulaba como los mas humildes cortesanos á todo el mundo y en silencio aguzaba su puñal contra todos los partidos con tal de clavárselo á todos sin ser vista y por la espalda. Cautiva de los Guisas por su cobardía; cautiva de Felipe II, cuyo poder le daba pavor; cautiva del clero á quien pedia oro y mas oro; cautiva del Vaticano, de quien diariamente reclamaba auxilios; cautiva de todos los poderes católicos; la Médicis comprendia que su emancipacion de tantas tutelas estaba en emancipar á los calvinistas; y sin embargo, no sabia cómo ir al término y logro de tal emancipacion, para ella verdaderamente indispensable. Muchas promesas debió dar á los Guisas cuando el duque lleno de gozo escribia por junio á su hermano el cardenal que la Reforma se aguaba y que las ciudades protestantes y las armas rebeldes se rendirian á una sin tardanza y sin condiciones. Mas, en aquellos tiempos siniestros no podia ni el mas poderoso cantar victoria, porque á la vuelta de la primer esquina le atisbaba un arcabuz, y en la sustancia de cualquier manjar se le apercibia corrosivo veneno.

Los caracteres principales de tal tiempo eran la insubordinacion general y la terrible anarquía. Entregado el poder á príncipes tan débiles como los

Valois y á mujer tan doble como la Médicis, no habia, no, arriba fuerza bastante para imponer abajo el respeto á las leyes y el mantenimiento de la paz pública. Ortodoxos y herejes constituian á una el desórden universal, no dos partidos con sus sendos jefes, dos naciones con sus respectivos Estados por cabezas, sus ejércitos en armas y en lucha, sus plenipotencias en las extrañas naciones, dotados por consiguiente de todas las facultades anejas al supremo poder y á la soberana autoridad. El partido hugonote se hallaba encabezado por el rey Antonio de Navarra, por el príncipe Condé su hermano, por los Chatillones á cuyo frente se veia el mas ilustre de todos ellos, el sabio almirante Coligny, mientras el bando católico se hallaba encabezado y dirigido por los Guisas, de sangre real, por los Montmorencys que disponian de cargos hereditarios semejantes á la corona misma, y por otros no menos ilustres magnates. Los dos extremos de los dos partidos representábanlos, entre los ortodoxos, Guisa, entre los heterodoxos, Coligny. Pero habia en ellos personajes, los cuales representaban términos medios; entre los católicos el condestable Montmorency, entre los hugonotes el rey Antonio de Navarra. Despojada su familia de la mitad del reino, de la parte que cae aquende los Pirineos, Antonio pasaba su vida en requerimiento y busca de la restitucion del despojo. Y cuando se persuadia de la vanidad de su empeño, demandaba una compensacion como Cerdeña ó Mallorca. Felipe II, en cuyas manos estaba el compensarle ó no, le ofrecia Túnez, con tal que la conquistase. Antonio de Borbon, rey de Navarra y jefe de los hugonotes, fluctuaba entre católicos y protestantes á la oscilacion de sus anheladas compensaciones; y Catalina de Médicis, regente de Francia, y jefe de los Valois, fluctuaba entre católicos y protestantes á la oscilacion de su régio poder. Los partidos en lucha representaban las últimas transformaciones del feudalismo en podredumbre. A pesar del brillante reinado de Francisco I y del terrible reinado de Luis XI, la monarquía no logró imponerse á sus orgullosos feudatarios. Habia menos señores feudales, aplastados los nobles de segunda clase por los de primera; mas gozaban estos de un poder absoluto y de una incontrastable autoridad. La monarquía no estaba en el caso de contemplarlos, sino en el caso de combatirlos á los dos para levantarse fuerte sobre su debilidad respectiva. Esto hubiera hecho un rey de ánimo valeroso, esto hicieron mas tarde aquellos